



EL SIGNIFICADO DEL MATRIMONIO



Cómo enfrentar las dificultades
del compromiso con la sabiduría de Dios

TIMOTHY
KELLER

con KATHY KELLER



ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

El significado del matrimonio:

Cómo enfrentar las dificultades del compromiso con la sabiduría de Dios

Copyright © 2017 por Timothy Keller y Kathy Keller

Todos los derechos reservados.

Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group

Nashville, TN 37234

Clasificación Decimal Dewey: 248.844

Clasifíquese: MATRIMONIO / ASPECTOS RELIGIOSOS / CRISTIANISMO

Tipografía: 2K/DENMARK

Publicado originalmente por Penguin Books con el título *The Meaning of Marriage: Facing the Complexities of Commitment with the Wisdom of God* © 2013 por Timothy Keller y Kathy Keller.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación, y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito del autor.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas se han tomado de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, © 1999 por Biblica, Inc. ®. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas bíblicas marcadas RVR1960 se tomaron de la versión Reina-Valera Revisada 1960, © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

ISBN: 978-1-4336-4496-2

Impreso en EE. UU.

1 2 3 4 5 * 20 19 18 17

Contenidos

Introducción	7
Pasaje de Efesios	19
UNO:	
El secreto del matrimonio	21
DOS:	
La fuerza para el matrimonio	55
TRES:	
La esencia del matrimonio	85
CUATRO:	
La misión del matrimonio	121
CINCO:	
Amar a la persona desconocida	149
SEIS:	
La aceptación en el matrimonio	191
SIETE:	
Soltería y matrimonio	217
OCHO:	
Sexo y matrimonio	247
Epílogo	267
Apéndice	271
Acerca de los autores	277
Notas	279

CAPÍTULO 1

EL SECRETO DEL MATRIMONIO

Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y los dos llegarán a ser un solo cuerpo. Esto es un misterio profundo...

(Ef. 5:31-32)

Estoy literalmente hastiado de oír charlas sentimentales sobre el matrimonio. En la iglesia, en las bodas y en la Escuela Dominical, mucho de lo que se oye no es más profundo que el texto de una postal de San Valentín. Y aunque el matrimonio es, desde luego, muchas cosas, lo que nunca va a ser es *mero* y banal sentimentalismo. El matrimonio es un compromiso y una experiencia sin igual de gozo y de plenitud, pero a la vez incluye espinas y momentos duros. Es compromiso como marco de vivencias agridulces, en el que puede experimentarse el gozo más maravilloso, los momentos más difíciles de sangre, sudor y lágrimas, las derrotas que nos enseñan humildad y las victorias que nos dejan exhaustos. No sé de un solo matrimonio que no reconozca que, a las pocas semanas de casados, no podían hablar ya de un cuento de hadas hecho realidad. Esa es la razón por la que no debe sorprendernos que la frase clave en el discurso de Pablo sea la citada al inicio del presente capítulo. Hay

momentos en la vida en común de la pareja en los que, llegada la noche, uno de los dos se dejará caer en la cama con un suspiro, entre agotado e incrédulo, preguntándose con honesta perplejidad cómo es que la verdadera comunicación resulta a veces tan difícil: «¡Misterio verdaderamente insondable!». La vida de matrimonio puede ser como un rompecabezas de miles y diminutas piezas que no sabe uno por dónde empezar a colocar y encajar; un verdadero laberinto en el que es muy fácil perderse.

Yo estoy completamente convencido de ello; aun así, también creo que no hay posible relación humana que puede comparársele en importancia y profundidad. Tal como nos informa el relato bíblico, fue Dios mismo el que ofició en la primera boda celebrada en el mundo (Gén. 2:22-25). Al contemplar el hombre a la mujer creada como compañera suya, exclama gozoso: «Ésta sí es hueso de mis huesos...».⁸ Después de la relación que podemos tener con Dios, la relación de pareja en el matrimonio es lo más profundo que humanamente puede experimentarse. Esa es la razón de que, igual que conocer a Dios, llegar a conocer y amar a nuestra pareja sea una tarea difícil pero sumamente gratificante y plena.

Como lo más doloroso, y lo más extraordinario: así es como presenta la Biblia el matrimonio. Y es posible que no haya habido otro momento histórico en nuestra cultura y en nuestra sociedad en el que sea más significativo alzar la voz a favor suyo desde esa perspectiva única y singular.

El declive del matrimonio

En estos últimos cuarenta años, los índices relativos a la salud y estabilidad de la institución del matrimonio en Norteamérica han ido experimentando un pronunciado declive, cada vez más negativo.⁹ La tasa de divorcios se ha duplicado respecto a la década de los 60.¹⁰ En 1970, el 89% de los nacimientos tuvieron lugar en el seno de parejas estables. En la actualidad, la cifra es de

un 60%.¹¹ Más revelador todavía, por encima del 72% de la población adulta estadounidense estaba casada en la década de los 60, mientras que solo un 50% en 2008.¹²

Todo esto pone de relieve la creciente prevención y el pesimismo de la población respecto al matrimonio. Son muchas las personas que piensan que las probabilidades de tener éxito en el matrimonio no son significativas, incluso en los matrimonios estables, y además están convencidos de lo inevitable de la monotonía o la inapetencia respecto al sexo según van pasando los años. El cómico Chris Rock lo plantea como disyuntiva: «¿Qué prefieres, estar soltero y solitario, o casado y aburrido?». Y una gran parte de la población adulta joven está plenamente convencida de que en realidad esas son las dos únicas alternativas. De ahí que muchos opten por una postura intermedia entre matrimonio y relaciones sexuales en cohabitación.

Esa segunda opción ha experimentado un auge vertiginoso en las tres últimas décadas. En la actualidad, más de la mitad de las parejas viven juntas antes de casarse, mientras que en 1960, raro era el caso.¹³ Una cuarta parte de las mujeres solteras, en edades comprendidas entre los veinticinco y los treinta y nueve años, viven con su pareja, y esto aumenta al 60% al llegar a los cuarenta.¹⁴ Las razones de esa opción son diversas. Así está, por ejemplo, el absoluto convencimiento de que la mayoría de los matrimonios son infelices, señalándose al respecto las estadísticas que nos informan que el 50% de los matrimonios acaban en divorcio, y se presume un porcentaje de esa infelicidad mencionada en el tanto por ciento restante de los que no se separan. Convivir de forma previa al matrimonio, se argumenta, incrementa las probabilidades de conseguir un buen matrimonio. Entre otras razones, porque te brinda la oportunidad de averiguar hasta qué punto eres compatible con tu pareja antes de dar el paso definitivo. Además es una forma de descubrir si la otra persona va a poder mantener tu interés y si está presente en la relación una buena «química». «Todas las parejas que conozco que se apresuraron a

casarse han acabado en divorcio», afirmaba uno de los encuestados para el informe general del National Marriage Project.¹⁵

El problema con esas convicciones es que se parte de una base errónea.

La sorprendente bondad del matrimonio

A pesar de lo aducido por el mencionado encuestado en el informe Gallup, «las estadísticas han demostrado que el riesgo de acabar en ruptura es notablemente superior en las parejas que han convivido de forma previa al matrimonio».¹⁶ La cohabitación es una opción comprensible en aquellos que han vivido el divorcio de sus padres de forma traumática, pero los hechos apuntan a que, en este caso, el remedio puede ser peor que la enfermedad.¹⁷

Hay otros prejuicios más al respecto. Así, aunque sin duda es cierto que un 45% de los matrimonios acaba en divorcio, el porcentaje es superior entre las parejas que contrajeron matrimonio antes de cumplir los dieciocho años, que habían abandonado su formación y sus estudios, y que habían tenido un hijo antes de casarse. «Si eres una persona con cierto nivel de estudios, con unos ingresos aceptables, si procedes de una familia estable y de convicciones religiosas, y contraes matrimonio una vez cumplidos los veinticinco años de edad, y no has tenido un hijo antes de casarte, el riesgo de que te divorcies disminuye considerablemente».¹⁸

Son muchas las personas adultas jóvenes que abogan por la cohabitación por estar convencidas de que, para poder casarse, hay que contar primero con una situación económica estable.¹⁹ La idea que se tiene es que el matrimonio es una sangría financiera. Pero los estudios realizados al respecto han puesto de relieve lo que ha dado en llamarse «el sorprendente beneficio económico derivado del matrimonio».²⁰ Un estudio llevado a cabo en 1992 respecto a la jubilación puso de relieve que los individuos que permanecieron casados hasta ese momento tenían un 75% más de haberes en el momento de jubilarse que

los que habían permanecido toda su vida solteros, o enviudados sin segundas nupcias. Además, los hombres casados habían ganado entre un 10 y un 40% más que los que habían permanecido solteros, dentro de una franja similar de formación profesional e historia laboral.

¿Cómo explicar esas diferencias? En parte, porque las personas casadas gozan de una mejor salud tanto física como mental, y también porque el matrimonio te va preparando para asumir las dificultades con mayor «entereza», de forma particular ante las frustraciones, las enfermedades y los problemas de cualquier tipo, con un índice más elevado de recuperación ante las crisis. Ventajas que parecen derivarse de lo que los expertos catalogan como «normas sociales maritales». Los estudios en ese sentido han constatado que los cónyuges se muestran más responsables y disciplinados de lo que puedan serlo sus familiares o sus amigos. Un ejemplo de ello lo tenemos en la tendencia a gastar más y de forma incontrolada si no hay que rendir cuentas a nadie. Los matrimonios suelen hacer del ahorro una norma, y están más fácilmente dispuestos a posponer la gratificación personal. El matrimonio nos hace madurar más pronto.²¹

Sin embargo, es posible que una de las razones por las que los adultos jóvenes desconfían del matrimonio sea el índice de infelicidad que se da en la relación marital. *Yahoo* es fuente inagotable que lo confirma a diario. En un foro en ese sentido, un joven de veinticinco años declaraba su intención de no casarse nunca. Tras compartir esa decisión con amigos suyos casados, todos se habían reído, pero sin dejar de sentir por ello una cierta envidia, y felicitándole por ser él, desde luego, más listo. Lo que le llevaba a pensar que, como mínimo, un 70% de las parejas casadas se sentían infelices. Una mujer joven, en respuesta a su entrada en el foro, se mostraba totalmente de acuerdo con él, confirmándolo por propia experiencia y por la comprobada en el caso de amigos suyos. «De cada diez parejas, siete son desgraciadas de verdad —comentó—. Yo voy a casarme el año que viene porque estoy ena-

morada de mi pareja. Pero, si las cosas cambian una vez casados, no dudaré en divorciarme».²²

En un artículo aparecido no hace mucho en *New York Times Magazine*, se analizaba la película *Monogamia* del director Dana Adam Shapiro.²³ En 2008, Shapiro empezó a darse cuenta de que muchos de sus amigos casados, todos ellos con edades comprendidas entre los treinta y los cuarenta años, se iban separando o divorciando. En la preparación de su película, decidió probar con una historia oral que tratara el hecho de la separación. Entrevistó para ello a más de cincuenta personas, de forma profunda e intensa, que hablaban de cómo habían visto que su matrimonio se disolvía. Esa investigación suya no incluía parejas estables y felices. Al preguntársele la razón, citó la célebre frase de Tolstoi al principio de *Ana Karenina*: «Las parejas felices son siempre iguales. Por eso resultan tan aburridas».²⁴ «Por lo que no ha de sorprendernos —concluyó el periodista de *Times*—, que su película acabe con una nota sombría y hasta apocalíptica respecto a las relaciones». La película presenta a dos personas que se aman profundamente pero que son incapaces de hacer que su relación «funcione». En otras entrevistas en relación a esta película, el director afirmó estar convencido en absoluto de lo extraordinariamente difícil que resulta, por no decir imposible, que dos personas de mentalidad moderna se amen sin asfixiar la libertad y la individualidad respectivas. En palabras del periodista, Shapiro, que nunca había estado casado pero que esperaba hacerlo algún día, no creía que su película fuera un alegato contra el matrimonio, pero sí consideraba que la monogamia era una cuestión «difícil de solventar». Convicción que refleja en gran medida la opinión típica de muchos adultos jóvenes, sobre todo en las zonas urbanas de Estados Unidos.

Como pastor de una iglesia en la zona de Manhattan, con más de cuatro mil personas solteras en su congregación, he tenido ocasión de hablar con incontables hombres y mujeres que tenían esa misma visión negativa del matrimonio. Pero lo cierto es que se está subestimando las probabilidades

que hay de tener éxito en la vida de casados. Todos los análisis al respecto indican que el número de personas casadas que afirman ser «muy felices» es elevado, entre un 61 y un 62%, con un descenso apenas perceptible en esas cifras en la última década. Lo más sorprendente de todo es que una serie de estudios longitudinales, ponía de relieve que dos tercios de aquellos que eran desdichados en su matrimonio se volverían felices si permanecían casados por espacio de cinco años más y no se divorciaban.²⁵ Dato que llevó a Linda J. Waite, socióloga de la Universidad de Chicago, a afirmar que «los beneficios del divorcio se han exagerado».²⁶

En las dos décadas pasadas, la importancia creciente de los análisis al respecto ha servido para evidenciar que las personas que se mantienen casadas y estables muestran un índice notablemente más alto de satisfacción que las personas solteras, divorciadas o que cohabitan en pareja.²⁷ Otro hecho relevante es que son mayoría las personas que se sienten felices en su matrimonio, y que aquellas que no lo son, pero que no se divorcian, también acaban siendo felices. Además, los niños que crecen en familias con ambos progenitores presentes tienen un índice mayor de experiencia positiva en su vida.²⁸ La abrumadora conclusión es pues, que criarse con padres que permanecen casados, y mantenerse casado a su vez, son factores que contribuyen notablemente al bienestar personal.

La historia del matrimonio

Hubo un tiempo en que se consideraba creencia común y universal que el matrimonio era algo bueno y deseable. En la actualidad, eso ya no es así. Un reportaje hecho público recientemente en la Universidad de Virginia, como resultado del estudio National Marriage Project, concluía con las siguientes palabras: «Menos de un tercio de las chicas y no mucho más de un tercio de los chicos no parecen creer... que el matrimonio sea beneficioso para las

personas, al compararse con las otras posibles alternativas. Pero lo cierto es que esa visión tan negativa del matrimonio contradice la evidencia empírica, que indica de forma constante y fiable, los sustanciales beneficios personales y sociales que se derivan de estar casado comparándolo con permanecer soltero o vivir en pareja». ²⁹ El informe asegura que la opinión de los adultos jóvenes no solo carece del respaldo de un consenso veterano, yendo por tanto en contra de lo que preconizan la mayoría de las religiones del mundo, sino que, además, no cuadra con la evidencia acumulada con base en las indagaciones más recientes de la ciencia social.

A la vista de semejante postura, ¿de dónde viene tanto pesimismo y por qué está tan alejado de la auténtica realidad? Paradójicamente, su origen puede estar en una nueva forma de idealismo, poco realista en su visión del matrimonio, nacido de un significativo cambio respecto a cuál sea su propósito. El experto en jurisprudencia, Joÿ Witte, Jr., señala que el antiguo ideal del «matrimonio visto como una unión en compromiso permanente, siendo su propósito el amor mutuo, la procreación y la protección, está paulatinamente dando paso a una nueva realidad, en la que el matrimonio se contempla en términos de “contrato sexual condicionado” con vistas a la gratificación a ultranza de las partes contrayentes». ³⁰

Witte apunta asimismo a una competitividad entre distintas concepciones, en cuanto a su «forma y función», como fenómeno característico de las sociedades occidentales. ³¹ Las dos primeras posturas fueron, sucesivamente, la católica y la protestante, y aunque sin duda son distintas en muchos de sus apartados, se preconizaba en ambos casos por igual la creación de un marco referencial para una convivencia de amor y fidelidad entre marido y mujer. Se trataba de un vínculo solemne, en el que ambos contrayentes subordinaban los propios impulsos e intereses en aras de una venturosa relación, refrendada como sacramento por el amor de Dios (énfasis católico) o para fomento de un bien común (énfasis protestante). Los protestantes entendían además el

matrimonio como gracia otorgada no solo a los cristianos, sino también para toda la humanidad. El matrimonio imprimía carácter al unir lo masculino y lo femenino en el vínculo del compañerismo. Más en particular, el matrimonio de por vida era visto como único factor de estabilidad social para una adecuada crianza de los hijos. De ahí que la institución del matrimonio se considerara una inversión rentable como garante de futura prosperidad, y desde luego no cabía pensar en ninguna alternativa igual de sólida.³²

Witte expone una novedosa noción emergente respecto al matrimonio, iniciada entre los siglos XVIII y XIX, y con un auge particular y muy notable durante la Ilustración. Hasta entonces, las gentes habían encontrado sentido a la vida cumpliendo fielmente con una obligación asumida como responsabilidad social. La Ilustración vino a cambiar ese orden en más de una forma, con consecuencias imprevisibles. Así, el sentido de la vida empezó a ser visto como fruto directo del ejercicio de una libertad individual, para elegir la forma de vida que más satisfacciones ofreciera de cara a una realización personal. En lugar de encontrarle sentido a la existencia con base en una autonegación, y en la renuncia a la libertad individual en sujeción a las exigencias conyugales y familiares, el matrimonio se redefinió como ámbito de realización emocional personal, satisfacción sexual propia y vehículo de potenciación de la individualidad.

Los proponentes de ese nuevo enfoque no consideraban que lo esencial del matrimonio estuviera en un supuesto simbolismo sacramental o en un compromiso social para beneficio de la comunidad, sino que era considerado como un contrato entre dos personas para satisfacción y potenciación a título individual. En ese nuevo enfoque, se daba por sentado que los contrayentes se unían por mutua y exclusiva conveniencia, y desde luego no para cumplir con una responsabilidad personal ante Dios o de cara a la sociedad. De lo que lógicamente se derivaba una libertad absoluta para actuar como mejor conviniera según propio gusto, sin obligación alguna respecto a la iglesia,

la tradición o la comunidad, y sin que nada, ni nadie, pudiera imponer un criterio normativo externo. Dicho de forma resumida, la Ilustración vino a privatizar el matrimonio, sacándolo de la esfera pública, redefiniendo su propósito con base en la gratificación individual y haciendo caso omiso de un posible bien común que reflejara la naturaleza de Dios, que ayudara a forjar el carácter o que sirviera de marco ideal para la crianza y educación de los hijos. De forma paulatina, pero imparable, esa nueva concepción del sentido del matrimonio desplazó la anterior tal como se había entendido en occidente durante siglos.

Ese cambio se ha caracterizado, además, por tener una muy clara percepción de sí mismo. En fecha reciente, Tara Parker-Pope, columnista de *New York Times*, escribió un artículo que llevaba por título «The Happy Marriage Is the ‘Me’ Marriage» [El matrimonio feliz es el matrimonio enfocado en mí]:

La idea de que los mejores matrimonios son aquellos que proporcionan satisfacción a las personas a título individual puede parecer contraria a lo que la intuición nos dicta. Porque, ¿no se supone que el matrimonio consiste en anteponer la relación de pareja a cualquier otra consideración? Pues bien, ya no es así. Ciertamente que durante siglos el matrimonio era considerado una institución al servicio de intereses económicos y comunitarios, quedando relegadas a un segundo plano las necesidades emocionales e intelectuales de los casados en aras de la continuidad de la institución. Todo eso ha cambiado ahora radicalmente. En las relaciones modernas, se busca por encima de todo el compañerismo, que nuestra pareja haga que la vida sea más interesante... y que sea una ayuda idónea en la consecución de metas personales, y todo ello como algo deseable y valioso.³³

Ese cambio ha sido verdaderamente revolucionario y Parker-Pope lo señala sin rodeos y sin timidez alguna. El matrimonio fue durante mucho tiempo una institución pública inscrita en el ámbito de un bien común. Ahora, es un acuerdo privado con vistas a una satisfacción exclusivamente personal. Y si antes se trataba de un *nosotros*, ahora tiene que ver primeramente con un *yo*.

Un tanto irónico, esta nueva forma de ver el matrimonio supone una carga adicional respecto a lo que se espera de la pareja y de la vida en común; algo que de ningún modo era así en su concepción tradicional. Todo ello nos deja atrapados entre unas expectativas poco realistas ante la vida en pareja y un miedo tremendo frente a semejante compromiso.

La búsqueda de la persona «ideal» compatible

Encontramos una muy clara visión de esas expectativas en el significativo estudio realizado bajo el epígrafe National Marriage Project, con el título «Why Men Won 't Commit» [Por qué los hombres no se comprometen].³⁴ De todos es conocido que a los hombres suele acusárseles, por parte de las mujeres, de tener «alergia al compromiso», esto es, miedo cerval al matrimonio. En ese sentido, los autores del estudio señalan que hay evidencia que confirma esa idea popular, «y así hemos podido constatarlo en el curso de nuestra investigación». Acto seguido, añaden una lista completa de las razones que los hombres aducen para no querer casarse, o al menos no hacerlo a edad muy temprana. Lo más sorprendente de todo es cómo son muchos los hombres que dicen no estar dispuestos a casarse hasta que encuentren a su pareja «ideal», esto es, alguien con quien congenien y que sea totalmente «compatible». Ahora bien, ¿qué quiere decir eso en realidad?

Al conocer a mi futura esposa, Kathy, muy pronto se hizo evidente que compartíamos un número significativo de lecturas, de historias, de temas, de formas de ver la vida y de experiencias que nos proporcionaban un gozo

especial. Reconocíamos la existencia de un «espíritu gemelo» y de un potencial para una amistad más profunda. Pero no suele ser eso en lo que piensan la mayoría de los adultos jóvenes al referirse a alguien compatible. Según Whitehead y Popenoe, dos son los factores a tener en cuenta.

El primero de ellos es la atracción física y la química sexual. Uno de los temas obvios en las entrevistas realizadas por Shapiro con personas divorciadas era hasta qué punto había sido importante la práctica de un sexo satisfactorio. Una mujer dijo expresamente que se había casado con su marido porque «era sexualmente muy activo». Para su desencanto, poco tiempo después de casarse empezó a ganar peso y a dejar de preocuparse de su físico. La luna de miel era ya cosa del pasado y lo más importante que ella conocía era el sexo. Decidió entonces que no iba a tener relaciones sexuales a menos que le apeteciera realmente, pero lo cierto es que casi nunca tenía deseos: «Nos instalamos en una rutina en la que, como mucho, teníamos la relación sexual una vez a la semana, e incluso menos. No había variedad ni gran interés, ni conexión mental o emocional. Había desaparecido por completo el apremio y la tensión que hace de la espera y su culminación algo tan grande, ese entusiasmo que te mueve a conquistar y a satisfacer...».³⁵

En la opinión de aquella mujer, la atracción y la química sexual eran factores fundamentales a la hora de elegir la pareja idónea y compatible.

Pero lo cierto es que esa idoneidad en lo sexual no era el factor mencionado primordialmente por la mayoría de los encuestados en el National Marriage Project. La «compatibilidad» se entendía más bien como la «disposición a aceptar a la otra persona tal como es y a no tratar en modo alguno de cambiarla».³⁶ Muchos de los hombres encuestados expresaron su resentimiento respecto a las mujeres que tratan de cambiar a su pareja... Algunos dijeron de hecho que, para ellos, la «compatibilidad» consistía en encontrar una mujer que «encajara en su forma de vida». «Si de verdad se es compatible, no hay razón alguna para cambiar», comentó uno de los encuestados.³⁷

Hacer a los hombres verdaderamente masculinos

Nos encontramos ahí con una ruptura significativa con el pasado. Tradicionalmente, los hombres se casaban sabiendo que su vida iba a cambiar de forma significativa. Se admitía tácitamente que el matrimonio «civilizaba» a los hombres. De hecho, los hombres se habían visto siempre a sí mismos como más independientes y menos dispuestos y capaces que las mujeres para mantener una relación que requiriera mutua comunicación y apoyo, y trabajar en equipo. Uno de los propósitos tradicionales del matrimonio era, sin duda, «cambiar» al hombre y que fuera una escuela en la que se aprendiera una nueva forma de relacionarse en mutua dependencia.

Los hombres comprendidos en el estudio expresaron esas actitudes que, en el pasado, se suponía que el matrimonio corregiría. En determinado momento del estudio, se les preguntó si eran conscientes de que las mujeres sufren la presión de casarse y tener hijos antes de que les sea biológicamente imposible. Los hombres entrevistados asumían plenamente que posponer la edad de casarse hacía más difícil que las mujeres de su misma edad alcanzaran *su* propia meta, pero desinteresándose del problema todos por igual. Tal como uno de ellos señaló: «Eso es problema suyo».³⁸ La mayoría de los hombres entrevistados se manifestaron completamente decididos a que su posible relación con una mujer no coartara en absoluto su libertad. En las conclusiones finales del estudio, se señalaba que «La alternativa de la cohabitación le proporciona al hombre las ventajas sexuales y domésticas de una pareja, pero sin tener que renunciar por ello a seguir a la expectativa de una compañera mejor».³⁹

En un artículo publicado en el *New York Times*, Sara Lipton incluía toda una lista de políticos de renombre, casados, que se habían negado a dejar que el matrimonio les confinara a una relación sexual exclusiva con sus esposas: Arnold Schwarzenegger, Dominique Strauss-Kaÿ, Mark Sandford, Joÿ

Ensign, Joÿ Edwards, Elliot Spitzer, Newt Gingrich, Bill Clinton y Anthony Weiner. En todos esos casos, se habían resistido a amoldarse al patrón tradicional: transformar los instintos naturales, dominar las pasiones y aprender a no satisfacer los deseos por encima de todo, y estar por ello dispuesto a tener en consideración a los demás.

La explicación que suele darse a esta conducta es que el matrimonio no encaja adecuadamente en la mentalidad masculina. Más en concreto, se afirma que a los hombres más virilmente masculinos no les va bien en el matrimonio. Se dice incluso que «la necesidad de conquista y de adulación femenina, junto con el riesgo de la aventura ilícita, es lo que verdaderamente les motiva, dando con ello rienda suelta a su vena de ambición, potenciándose así el “macho alfa”». Pero Lipton sostiene que, muy al contrario, donde el hombre *se hacía* verdaderamente masculino era en el matrimonio: «En la mayor parte de la historia de occidente, la característica primaria más valorada de la hombría era el propio control... Un hombre que se permitía comer, beber y tener relaciones sexuales sin medida ni control había fracasado al no saber “dominarse”, siendo por ello considerado incapaz de gobernar su casa y, menos aún, su actuación en la esfera de lo público...».

Lipton, profesora de Historia en SUNY Stony Brook, concluía al respecto: «A la vista de lo hecho público recientemente acerca de conductas sexuales de gratificación sin compromiso por parte de destacadas figuras públicas, no estaría quizás demás recordar que, en otros tiempos, el control de las pasiones, y no su satisfacción a cualquier precio, era lo que daba la auténtica medida y valía de un hombre».⁴⁰

Evidentemente, no puede adjudicarse al hombre toda posible responsabilidad en ese cambio paradigmático de actitudes. Hombres y mujeres por igual aspiran en la actualidad a una unión matrimonial en la cual alcanzar satisfacción tanto emocional como sexual, en el marco de una relación de igualdad que permita a ambas partes una verdadera «realización personal».

En la actualidad, se espera que la pareja sea divertida, intelectualmente estimulante, sexualmente atractiva, que comparta los mismos intereses y que, además, nos apoye en la consecución de nuestras metas personales y encaje sin fisuras en nuestra forma de vida.

Y si lo que se espera de la pareja es que no demande demasiado de nosotros, lo que en realidad estaremos buscando es alguien de carácter maduro y equilibrado, que no exija «excesiva atención» y que no nos cargue con sus posibles problemas. En resumen, alguien que no nos haga cambiar y que no espere en modo alguno poder hacerlo. Lo que se desea en definitiva es una pareja ideal, que sea una persona feliz, sana, interesante y satisfecha con su vida. En ningún otro período de la historia se ha dado una sociedad tan exigente a la hora de buscar pareja.

La ironía del pesimismo idealista

Puede parecer un contrasentido que este novedoso idealismo haya dado lugar a un nuevo pesimismo respecto al matrimonio, pero eso es lo que en realidad ha ocurrido. En generaciones anteriores, no se hablaba tanto de «compatibilidad» y de encontrar la pareja idónea. En la actualidad, lo que buscamos es alguien que nos acepte tal como somos y que colme nuestras expectativas, creándose por ello una esperanza poco realista que acaba la mayoría de las veces en mutua frustración.

La obtención de satisfacción sexual en la pareja es un problema en sí mismo, tal como muestra otro de los estudios del National Marriage Project:

En una sociedad en la que es omnipresente la pornografía, se producen unas expectativas nada realistas respecto a la imagen y comportamiento de una hipotética pareja ideal. Influidos por las imágenes que pueden verse en los principales medios de

comunicación, en anuncios y en desfiles de ropa interior sexy, los hombres están posponiendo el casarse con su novia con la esperanza de que aparezca en el horizonte la combinación perfecta de «compañera ideal/muñeca despampanante».⁴¹

Pero estaríamos en un error si atribuyéramos en exclusiva el cambio de actitud en la sociedad actual respecto al matrimonio al afán por parte masculina de belleza física. Las mujeres se han visto igualmente afectadas por esos vientos de cambio. Hombres y mujeres sin distinción buscan actualmente en el matrimonio la «consecución de los más íntimos anhelos, y ello tanto en el plano de lo físico como igualmente en lo emocional y espiritual».⁴² Actitud que da lugar a un idealismo extremo que, a su vez, se transforma en profundo pesimismo cuando se desespera por encontrar a la pareja que cumpla todos esos requisitos. Esa es la razón de que cada vez sea mayor el número de los que posponen el casarse, descartando toda posible candidata que no sea «suficientemente completa».

Y esto no deja de ser irónico. Las pasadas formas de contemplar el matrimonio se consideran, hoy día, demasiado tradicionales y hasta opresivas, y se ve en la novedosa concepción del «Matrimonio enfocado en mí» toda una liberación. Pero lo cierto es que ha sido esta nueva actitud respecto a lo que puede (y debe) encontrarse en la vida marital lo que ha generado un declive muy notable en la celebración de matrimonios y un opresivo sentimiento de desesperanza respecto a sus posibilidades de éxito. La realidad práctica evidencia que para que triunfe un matrimonio, en el que prima el «yo» por encima de todo, la pareja tiene que ser completamente madura y centrada, feliz en su individualidad, sin necesidades emocionales demandantes y sin defectos de carácter que haya que pulir o incluso erradicar. El problema entonces es que, a la vista de semejantes premisas, ¿no va a haber prácticamente nadie que cumpla con todos esos requisitos! Esta nueva concepción del matrimonio

como vehículo de realización personal lleva a esperar demasiado de la experiencia marital, paradójicamente sin esperar obtener todo lo que sí debiera.

Con su ya clásico sentido del humor, Joÿ Tierney trata de hacernos reír a la vista de la difícil situación en que nos ha puesto la cultura imperante. Así, en un artículo que lleva por título «Picky, Picky, Picky» [Caprichosas, caprichosas, caprichosas], expone las múltiples razones que aducen sus amigos para haber puesto fin a sus relaciones sentimentales:

«Es que ella no pronunciaba bien “Goethe”».

«¿Cómo voy a tomarle en serio después de descubrir entre sus libros un ejemplar de *El camino menos transitado*?»

«Si al menos ella adelgazara cinco kilos».

«Sí, es socio de la empresa. Pero no es una empresa importante. Y los calcetines que usa son un horror».

«De entrada todo parecía perfecto... guapa de cara, un tipo estupendo, una sonrisa atractiva. Todo daba la medida... hasta que se dio la vuelta —pausa por parte del afectado, y movimiento de cabeza indicando terrible decepción—. Resulta que tenía los codos sucios».⁴³

Tras examinar los anuncios personales increíblemente poco realistas (en los que la clase de pareja que se busca no va a existir nunca en la realidad), Tierney llegó a la conclusión de que los adultos jóvenes estaban dominados por una especie de artilugio mental que él denomina «Defectómetro». Se trata de «una voz interior, más bien un chirrido cerebral que advierte de inmediato todo posible defecto presente en la persona potencialmente candidata». ¿Cuál es el propósito del Defectómetro? Una posibilidad que Tierney contempla es que sea algo ideado por personas «decididas a conseguir más de lo que se merecen, rechazando en el proceso precisamente a todas

aquellas personas que se le parezcan, aunque sea mínimamente». Pero en su conclusión final Tierney señala que, en la mayoría de los casos, se trata de un recurso que nos proporciona la excusa necesaria para no comprometernos y salvaguardarnos de los peligros que conllevan las relaciones personales. «En lo más íntimo de su corazón, saben por qué recurren al Defectómetro... No es algo fácil admitir, sobre todo llegado el Día de San Valentín, que lo que en realidad quisieran decir en esos anuncios es “Se busca: Estar solo”».

Dicho de otra forma, en nuestra sociedad hay personas que, de cara al matrimonio, esperan demasiado de su pareja, y no entienden el matrimonio como la unión de dos personas con sus respectivos fallos y defectos, que se plantean estar juntas para crear un espacio común de amor, de estabilidad y de consuelo; un «puerto seguro en un mundo que a veces es hostil», como bien señala Christopher Lasch.⁴⁴ Las expectativas que algunos parecen tener requerirían para su cumplimiento una mujer que fuera al mismo tiempo «novelista, astronauta y con un cuerpo y unas maneras de modelo»;⁴⁵ o su equivalente en hombre, en el caso de las mujeres. Un matrimonio que se basa no en la negación del propio yo, sino en una autorrealización, exigiría una pareja que apenas necesitara atención personal y que satisficiera todas las necesidades propias sin esperar nada a cambio. Dicho de forma sencilla, hay quien espera demasiado de su pareja.

En el polo opuesto, hay quien no espera gran cosa del matrimonio, pero que, aun así, le tiene un miedo irracional. Tierney está convencido de que eso es así en un gran número de casos, tal como ha podido constatar en su propio círculo de amigos. De hecho, el sueño del emparejamiento perfecto se ve superado sin lugar a dudas por el de aquellos que no quieren saber nada del tema, aunque no quieran admitirlo. La cuestión de fondo es que la gente de nuestro tiempo aprecia, por encima de todo, su libertad, su autonomía y el poder hacer realidad las distintas metas que se hayan propuesto en la vida; y las personas más reflexivas saben muy bien que llevar adelante una relación

amorosa implica renunciar a todo ello. Sin duda, se puede decir «Quiero a alguien que me acepte tal como soy», sin por ello dejar de saber en lo más íntimo de nuestro ser que no somos perfectos, que hay muchas cosas que deberíamos cambiar y que quien nos llegue a conocer más de cerca va a querer que modifiquemos mucha de nuestra conducta. Pero nadie está libre de faltas y todos tenemos necesidades que satisfacer. Los cambios conllevan siempre dolor y a nadie le gusta sufrir. Es duro, por eso, tener que admitir ante el mundo, y ante uno mismo, que no quieres contraer matrimonio por toda esa serie de razones. La solución más socorrida entonces es echar mano del Defectómetro, solución infalible para conjurar todo riesgo.

Pero si la razón para no querer casarse es únicamente no querer perder la libertad, eso sería lo peor que pudieras hacerle a tu corazón. C. S. Lewis lo expresa con palabras muy acertadas:

Depositata tu afecto en cualquier cosa posible, y no te quepa la menor duda de que acabarás con el corazón destrozado. Para asegurarte de que no sea así, no se lo entregues a nadie, ni siquiera a tu mascota. Rodéalo de aficiones y pequeños caprichos; evita todo tipo de compromiso; guárdalo bajo llave en el cofre de tu egoísmo. Pero no olvides que ahí (sin luz, ni aire, ni movimiento) sufrirá un cambio. Ciertamente, no se romperá; de hecho, será inquebrantable, pero también impenetrable e irrecuperable. La alternativa a la tragedia, o al riesgo de que ocurra, será su condenación.⁴⁶

La sociedad actual peca de pesimista en cuanto a la posibilidad de éxito de la monogamia, pero es por ser demasiado *idealista* en cuanto a lo que se espera de la pareja. Algo que, sin duda, tiene su origen en una errónea concepción del propósito del matrimonio.

Nunca vas a casarte con la persona adecuada

¿Cuál es entonces la solución? Sencillamente, averiguar qué es lo que la palabra de Dios dice respecto al matrimonio. De hacerlo así, la Biblia no solo explicará la situación de riesgo en que nos encontramos, y de la que somos culpables nosotros mismos, sino que proveerá asimismo la clave para evitarlo.

La Biblia explica por qué la búsqueda de la compatibilidad puede llegar a parecer tarea imposible. Como pastor, he tenido ocasión de hablar con miles de parejas, algunas de ellas con deseo de casarse, otras tratando de salvar su matrimonio, y otras decididas a no caer en ese compromiso. Y una y otra vez he oído decir: «El amor *no debería* ser algo tan difícil; debería manifestarse de forma natural y espontánea». A lo que yo siempre respondo: «¿Por qué crees que debería ser así? ¿Crees que un jugador que aspire a marcar para su equipo puede decir “No debería ser tan duro y difícil”? ¿Podría alguien que aspire a escribir una gran novela decir “No debería ser tan difícil crear unos personajes creíbles dentro de una trama interesante”?» La respuesta más lógica sería entonces: «Pero es que mi vida no es ni un partido ni una novela. Se trata del *amor*. El amor debería ser algo completamente natural entre dos personas, si es que son verdaderamente compatibles».

La respuesta cristiana a semejante razonamiento es que la compatibilidad *no* existe. Stanley Hauerwas, profesor de ética en Duke University, lo hace ver así:

Nada hay tan destructivo en un matrimonio como la ética de una autorrealización que da por sentado que el matrimonio y la familia son instituciones para fomento del desarrollo personal y necesarias para hacernos felices y personas «completas». Vivimos convencidos de que existe esa persona ideal con la que casarnos y que, si nos esforzamos por buscarla, acabare-

mos encontrándola. Pero ese enfoque no tiene en cuenta un factor crucial en todo matrimonio: que siempre vamos a casarnos con una persona que no es ideal.

Creemos que conocemos a la persona con la que nos casamos, pero no es así en absoluto. Y aunque sin duda es posible que acertemos y que nos casemos con la persona adecuada, deja que pase un tiempo y verás cómo cambia. El matrimonio [siendo, como es, algo tremendo] conlleva un cambio ineludible una vez iniciada la convivencia. El principal problema es entonces... aprender a amar y a ocuparte de esa persona desconocida con la que convives.⁴⁷

Hauerwas presenta la futilidad de la búsqueda de la persona ideal con la que casarnos. En el matrimonio se experimenta la convivencia en un grado de intimidad no alcanzable en ningún otro tipo de relación, y se dan en consecuencia unos cambios no imaginables de forma previa. No sabemos, ni es posible saber de antemano, qué persona va a ser tu pareja en el plano de la convivencia. Eso es algo que solo es posible averiguar en la práctica.

Han sido muchas, y sonadas, las reacciones por parte de la gente ante el enunciado de Hauerwas. Pero eso es algo que no debería sorprendernos, por ser intencionado ese choque frontal con el espíritu de los tiempos. Para conseguirlo, se generaliza de forma deliberada. Como es lógico y comprensible, habrá siempre muy buenas razones para no casarse con alguien mucho mayor, o mucho más joven, o con alguien con quien no se compartan ideales. El matrimonio ya es de por sí lo suficientemente difícil como para añadirle la difícil tarea de acortar distancias entre opuestos. La «ley» que propone Hauerwas va en escala. Y de hecho hay personas con las que *nunca, nunca* va a ser aconsejable casarse. Pero la incompatibilidad será siempre un factor presente, aun en los casos más afortunados y venturosos. Y todos aquellos que

hayan pasado por las distintas etapas que llevan a un matrimonio estable y feliz lo saben sobradamente. En el transcurso de los años, se deberá aprender a amar de nuevo a una persona que ya no es la misma con la que te casaste, porque habrá cambiado en la medida de lo que es lógico y natural. Entonces se tendrá que hacer ajustes que quizás no sean tan fáciles, y lo mismo le ocurrirá a nuestra pareja respecto a nosotros. Ese es un viaje que podrá conducirnos a una unión más fuerte, más real y mucho más gozosa; desde luego, no porque nuestra pareja sea absolutamente ideal y perfectamente compatible con nosotros, pues esa persona no existe, ni nunca va a existir.

Las personas a las que está dedicado este libro son amigos de Kathy y míos, a los que conocemos desde hace cuatro décadas. En el curso de nuestra amistad, hemos tenido el privilegio de ver otras formas de vivir en venturosa unión. Nuestra amistad se fraguó durante nuestra época de estudiantes en el seminario, es decir, ellas se hicieron amigas, incorporándose los maridos al grupo de forma progresiva. Han sido años de escribirnos, de llamarnos, de comunicarnos por correo electrónico, de visitarnos, de ir en ocasiones juntos de vacaciones, de tener experiencias en común y también de pérdidas y de dolor, y de experimentar el gozo inigualable de una auténtica amistad. No hay mucho que no sepamos los unos de los otros. Y puedo decir que pocas cosas hay que nos hagan reír más que pasar el día juntos recordando las anécdotas de cuando empezamos a salir las respectivas parejas. ¿Qué nos movió en realidad a escoger a nuestra pareja? Visto desde fuera, no parecía tener ningún sentido.

Cindy y Jim: Ella era una mujer elegante, criada en la iglesia ortodoxa griega, callada, contemplativa y GRIEGA. Jim era extrovertido, parlanchín, divertido y miembro de una iglesia bautista.

Gayle y Gary: Aparte de los siete años de diferencia, y considerables discrepancias teológicas, Gary organizaba sistemáticamente cada año dos semanas de campamento de supervivencia en el bosque, mientras que la idea de Gayle de ir de acampada consiste en alojarse en Holiday Inn.

Louise y David: ella es licenciada en Historia del Arte y en Literatura inglesa, y se toma muy en serio la fe de la Reforma. David procede de las Asambleas de Dios, con la «bonita» costumbre de despertarnos a todos en la residencia cantando a pleno pulmón coros de alabanza.

Wayne y Jane: Según la versión de Jane, Wayne era oro puro sin refinar, oculto bajo una apariencia poco atractiva, típica de Pittsburgh, admitiendo ella ser una estirada señorita del sur.

Estaban también Doug y Adele: Ella ha viajado por todo el mundo en campañas misioneras y Doug es más joven que ella y ocupa un puesto en el comité directivo de Inter-Varsity Fellowship (Grupos Bíblicos Universitarios en EE. UU.). Cuando se conocieron, ella acababa de poner fin a una relación previa desafortunada (con alguien que se llamaba también Doug). La víspera de su boda, Adele se sentó a los pies de nuestra cama de matrimonio y se puso a llorar desconsolada, preguntándose si había hecho una buena elección. En la actualidad, dice recordándolo: «Nuestro matrimonio empezó en el umbral de la duda y de una forma particular de infierno, pero ahora puedo decir que estamos a las puertas del Cielo».

Y ahora, cómo no, mi propio matrimonio. Kathy era presbiteriana, con opiniones muy suyas y muy segura de querer involucrarse en un ministerio en una ciudad (según la idea influenciada por su lectura de *La cruz y el puñal*, de David Wilkerson). Por mi parte, yo le había prometido al obispo de mi pequeña comunidad rural, no presbiteriana, que *nunca* me haría presbiteriano, a pesar de estar estudiando en un seminario con una fuerte tendencia en esa dirección.

Nada de lo que teníamos pensado iba a verse hecho realidad. Pero lo cierto es que aquí estamos, felices, prosperando en nuestro ministerio, viendo cómo crecen nuestros hijos y se casan, y nos hacen abuelos, ayudándonos mutuamente como matrimonio en momentos de crisis de todo tipo, visitas a hospitales y fallecimientos incluidos.

Hauerwas da la primera razón de por qué no hay posible pareja compatible y es porque el matrimonio va a cambiarnos, lo queramos o no. Y hay otra razón más. El pecado es una realidad inevitable, que va a suponer, entre otras cosas, estar centrado en uno mismo, viviendo en cierta medida *incurvatus in se*.⁴⁸ Denis de Rougemont señala en uno de sus escritos: «¿Qué razón hay para que unas personas neuróticas, egoístas e inmaduras se vuelvan de repente seres angelicales por haberse enamorado...?».⁴⁹ Y esa es la razón de que un matrimonio de éxito sea algo más difícil y más duro de conseguir que una proeza atlética o un mérito artístico. El talento natural sin cultivar no te permite jugar al béisbol como profesional, ni escribir grandes novelas sin someterte primero a una disciplina muy severa y a un esfuerzo continuado. ¿Qué puede hacernos pensar que va a ser fácil vivir en armonía y felizmente con otro ser humano a la vista de nuestra naturaleza caída? De hecho, mucha gente que ha logrado triunfar en el deporte y en el arte, ha fracasado estrepitosamente en su matrimonio. La doctrina bíblica del pecado explica por qué el matrimonio, más que cualquier otra empresa humana, es algo tan difícil de conseguir que triunfe.

Un romance apocalíptico

La gente moderna hace que lo difícil del matrimonio lo sea aún más, por sufrir de forma muy dolorosa y particular el peso de unas expectativas de proporciones prácticamente cósmicas. Ernest Becker, ganador de un Premio Pulitzer, estaba convencido de que la cultura moderna ha dado lugar a lo que él califica de «romance apocalíptico». Hubo un tiempo en el que del matrimonio y de la familia se esperaba amor, apoyo y seguridad. Pero en lo que concernía al sentido de la vida, a la esperanza respecto al futuro, a la moral y a una identidad personal, nos dirigíamos a Dios y a la vida en el más allá. En la actualidad, la cultura predominante nos lleva a creer que nadie puede

estar seguro de esas expectativas y que ni siquiera puede pensarse que sean algo realizable. Dado que algo tiene por fuerza que llenar ese vacío, sostiene él, la solución ha sido eso que llamamos amor romántico. Esperamos obtener del sexo y de las relaciones románticas lo que antes esperábamos de la fe depositada en Dios. Así lo escribe:

Nuestra pareja se convierte en un ideal divino en el cual realizarnos en esta vida. Las necesidades espirituales y morales se centran ahora en una persona... Dicho de forma resumida, el objeto de amor es Dios... «El ser humano intentó alcanzar un “tú” cuando murió la visión del mundo de la gran comunidad religiosa supervisada por Dios».⁵⁰ En definitiva, ¿qué es lo que esperamos al poner a nuestra pareja a la altura de Dios? Pues, ¡nada menos que redención!⁵¹

Como pastor, he oído cientos de historias de relaciones difíciles y de amor truncado. Un caso típico es el de Jeff y Sue.⁵² Jeff era alto y apuesto, el tipo de compañero con el que siempre había soñado Sue. Él era un gran conversador y ella era tímida y de pocas palabras, por lo que estaba encantada con que él llevara la voz cantante en público, acaparando toda la atención en las reuniones sociales. Pero Sue tenía muy claro qué metas quería alcanzar en esta vida, planificando todo con vistas al futuro, mientras que Jeff prefería «vivir el presente». En un principio, esas diferencias parecían compensarse mutuamente. A Sue, le había parecido increíble que alguien tan apuesto se fijara en ella, mientras que Jeff, al que muchas mujeres encontraban muy poco ambicioso, se había considerado afortunado por encontrar una mujer que le adoraba. Transcurrido el primer año de su matrimonio, la facilidad de palabra de Jeff empezó a parecerle a Sue una incapacidad fundamental para escuchar a los demás, y que además estaba siempre centrado en sí mismo. Su falta de

ambición era motivo de amargo desengaño. Por su parte, Jeff pensaba que la ausencia de conversación en Sue era síntoma de falta de transparencia, y además había empezado a hacerse evidente que la timidez de Sue y sus pocas palabras enmascaraban una personalidad dominante. El matrimonio empezó a deslizarse por una peligrosa pendiente que acabó en un rápido divorcio.

El desencanto, a manera de abrupto «fin de la luna de miel», es algo tan común hoy día como lo fue también en el pasado. Es algo completamente normal, y absolutamente inevitable. Pero la profundidad del desengaño que está al orden del día en nuestra sociedad sí que es algo nuevo, al igual que lo es la velocidad con que se deshacen los matrimonios. En la actualidad, algo ha intensificado esa experiencia volviéndola tóxica. Se trata de la quimérica ilusión de poder encontrar nuestra alma gemela y ver entonces cómo se resuelven todos nuestros problemas. Pero eso convierte a la persona objeto de nuestro amor en una especie de dios, y no hay ser humano alguno capaz de estar a la altura de semejante exigencia.

Vistas las cosas, ¿por qué no desechar la institución del matrimonio como algo ya caduco e inservible? Las personas hoy se sienten libres y autónomas. La familia, las instituciones religiosas y los Estados nación (todo ello, fundamento básico del entramado social), parecen haberse convertido en instrumentos de opresión. Es posible, entonces, que el matrimonio sea en verdad algo del pasado. O eso es lo que creen algunos. A partir de la década de los 70, se empezaron a oír voces que anunciaban la muerte del matrimonio como institución social. En fecha más reciente, se han ido haciendo públicos unos estudios, realizados por el Pew Research Center, en los que se informa que casi el 40% de los norteamericanos cree que el matrimonio está volviéndose obsoleto.⁵³ Tal como manifestó en una entrevista uno de los actores de la película *Monogamia*: «En este país hemos fracasado en esa empresa. Tratamos de protegerlo como institución sagrada pero fracasada. Y por fuerza tiene que hacer su aparición otro modelo».⁵⁴

Una profunda ambivalencia

A pesar de esa impresión popular, que ve el matrimonio en vías de extinción, los analistas no están tan seguros, y las ideas en conflicto a ese respecto se multiplican. Dos ejemplos emblemáticos los tenemos en el libro de Laura Kipnis, *Contra el amor (una diatriba)* y el de Pamela Haag, *Matrimonio confidencial*. Ambas autoras han dedicado mucho tiempo y esfuerzos a investigar qué es lo que está acabando con el matrimonio tradicional y la razón de que sea prácticamente imposible encontrar un matrimonio con muchos años de convivencia que sea genuinamente feliz. Pero su conclusión final, a regañadientes, es que es necesario preservar la institución del matrimonio, aunque no obstante deberíamos ser muy abiertos respecto a las relaciones extramaritales y los encuentros casuales.

Pero Elissa Strauss, en su reseña crítica del libro de Haag, publicada en la revista *Slate*, señala que la autora «no aporta prueba alguna que demuestre que los pioneros en las relaciones no monógamas estén en mejor situación que las parejas monógamas». ⁵⁵ De hecho, las «parejas rebeldes» sobre las que Haag basa su estudio (personas casadas que han tenido relaciones extramatrimoniales o que mantienen relaciones casuales a través de los *chats*), encontraron esas otras experiencias poco satisfactorias e incluso gravemente perjudiciales para su matrimonio. «En última instancia —concluye Strauss—, hay algo que no cuadra en la lealtad de Haag a la institución del matrimonio... dado que prácticamente lo desmantela». ⁵⁶ Eso pone de relieve la profunda ambivalencia con la que los detractores del matrimonio abordan el tema.

Hay pocos argumentos serios y rigurosos que demuestren que la sociedad actual puede prescindir de la institución del matrimonio. Incluso los que critican la monogamia tienen que admitir que, al menos en el plano pragmático, no podemos vivir sin él. ⁵⁷ Certeza que viene respaldada por los distintos estudios y análisis realizados al respecto, ya mencionados en el presente

capítulo.⁵⁸ De hecho, son cada vez mayores los indicios que apuntan a que el matrimonio (el tradicional y monógamo) es fuente de grandes beneficios para la población adulta, dentro de un amplio espectro social, y más aún para los niños y para la sociedad en general.

Pero, desde luego, no es necesario recurrir a las investigaciones científicas para saber que el matrimonio va a seguir siendo una realidad. La extensión de su práctica así lo confirma. No ha habido siglo y sociedad conocida que no haya hecho del matrimonio una institución particular.⁵⁹ Y a pesar de haber decrecido sin duda el número de matrimonios en la sociedad occidental, el porcentaje de personas que tienen la esperanza de casarse no ha disminuido en absoluto. Hay un profundo deseo de comprometerse a fondo en el matrimonio. Adán lo hizo patente al reconocer en Eva a la compañera idónea, siendo esa vida compartida un tesoro inconmensurable. Y así es como debería ser. El problema no radica en el matrimonio en sí. Según Génesis 1 y 2 fuimos hechos para vivir unidos en matrimonio. Aunque en Génesis 3 se nos advierte que esa unión, al igual que tantos otros aspectos de la vida, ha sido quebrantada por el pecado.

Si nuestra forma de concebir el matrimonio es demasiado romántica e idealista, estaremos subestimando la influencia que el pecado tiene en nuestras vidas. Pero si se es demasiado cínico y pesimista, estaremos perdiendo de vista su auténtico origen y sentido. Y si hacemos un todo de ambas vertientes, algo muy frecuente en la sociedad actual, nos quedaremos con una visión distorsionada. Sea como fuera, lo realmente cierto es que el problema no es la institución, sino nosotros.

El gran secreto

Tal como señalábamos al inicio del capítulo, el apóstol Pablo califica el matrimonio como un «misterio profundo». Y hemos pasado revista a varias formas en las que es realmente un misterio para nosotros. No podemos

desecharlo, porque es demasiado importante, y por eso mismo nos abruma. El término griego que Pablo está usando ahí es *mysterion*, con una cobertura léxica que incluye la noción de «secreto». En la Biblia, este término no se aplica a un conocimiento esotérico, del que solo participan los iniciados, sino a un hecho verdaderamente prodigioso y a algo que se sale fuera de lo normal, una verdad no buscada que Dios da a conocer a través de su Espíritu.⁶⁰ En otros textos, Pablo utiliza este mismo término en referencia a otras revelaciones relativas al propósito de la obra de salvación de Dios, según lo encontramos en el evangelio. Pero, de forma más concreta y sorprendente, en Efesios 5 Pablo aplica este término al matrimonio. En el versículo 31 de ese capítulo, cita el versículo final del relato de Génesis, que presenta el primer matrimonio de la creación: «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y los dos llegarán a ser un solo cuerpo». A lo que añade, acto seguido, ese *mega-mysterion* (v. 32; ‘verdad extraordinaria, grande y profunda que únicamente puede entenderse con la ayuda del Espíritu de Dios’).

Ahora bien, ¿en qué consiste ese secreto relativo al matrimonio? Y ahí es donde Pablo traza un paralelismo tan sorprendente como cautivador, «digo esto respecto de Cristo y de la iglesia», en clara referencia a su enunciado en el v. 25: «Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella...». En esencia, pues, ese «secreto» no tiene tan solo que ver con el matrimonio como tal. Se trata de que los maridos han de hacer por sus esposas lo que Jesús hizo para establecer un vínculo con nosotros. ¿En qué consiste eso exactamente?

Jesús *se entregó* por nosotros. Jesús el Hijo, aun siendo igual al Padre, renunció a Su gloria, asumiendo nuestra naturaleza humana (Fil. 2:5). Y, más aún, fue a la cruz por propia voluntad, pagó la culpa de nuestras transgresiones y pecados, y quitó nuestra culpa y condena para que podamos estar unidos a Él (Rom. 6:5) y participar por ello de Su misma naturaleza (2 Ped. 1:4). Cristo renunció a Su gloria y poder, haciéndose siervo por nosotros. Ante-

puso nuestros intereses a los suyos (Rom. 15:1-3). Su sacrificio hizo posible la unión que ahora podemos tener con Él. *Abí radica* la clave de cómo ha de entenderse y vivirse el matrimonio, relación que establece el nexo de unión entre el matrimonio en Génesis 2 y la realidad de la unión de Cristo con Su iglesia. En acertadas palabras de un experto en teología: «Pablo se dio cuenta de que al instituir Dios el primer matrimonio de la historia de la humanidad, ya tenía a Cristo y a Su iglesia en mente. De hecho, es uno de los grandes propósitos de Dios en Su proyecto de unión entre el sacrificio de Cristo y Su pueblo redimido».⁶¹

Disponemos, por ello, de un poderoso argumento ante la objeción que ve en el matrimonio algo opresivo y obsoleto. En Filipenses 2, Pablo dice que el Hijo de Dios no se aferró a Su condición de ser igual al Padre, sino que Su grandeza se hizo patente en Su disposición de servir al Padre. Sufrió la cruz, pero el Padre le levantó de entre los muertos.

Eso nos muestra cómo es Dios... El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no se utilizan mutuamente con vista a fines propios... No hay pugna por una unidad en la diversidad, ni una diversidad en la unidad. Las tres personas son una y la unidad está integrada por una trinidad.⁶²

Pero no debemos detenernos ahí. En Efesios 5, Pablo llama nuestra atención sobre el hecho de que Jesús nunca hizo uso de Su poder para opresión, sino que se sacrificó hasta lo último para que podamos llegar a alcanzar la unión con Él. Eso es algo que nos lleva más allá del ámbito filosófico, para situarnos de pleno en el terreno de lo práctico y lo personal. Si en los planes de Dios, el evangelio hubiera sido únicamente para salvación en Jesús, el matrimonio exclusivamente «funcionaría» en la medida en que nos aproximara al modelo del amor en la entrega de Dios en Cristo. Pero lo que Pablo dice no

solo da respuesta a las objeciones al matrimonio como institución opresiva y restrictiva, sino que da forma y expresión a las abrumadoras demandas del matrimonio. Pero hay tanto que hacer, que no sabemos siquiera por dónde empezar. Y es justamente ahí cuando Pablo nos dice: «Empiecen por lo básico pero fundamental, amando a su esposa como Dios nos ha amado en Jesús, y todo lo demás vendrá por añadidura».

Ese es el verdadero secreto, que el evangelio de Jesús y la institución del matrimonio están mutuamente relacionados. Al crear Dios a la pareja, ya tenía en mente la obra salvadora de Cristo.

Sin falsas elecciones

Deberíamos oponernos con toda razón a la elección binaria a que nos abocan tanto la concepción tradicional del matrimonio como su variante moderna. ¿Es realmente el propósito del matrimonio negar los intereses personales en aras del bien familiar, o se trata en cambio de procurar que imperen nuestros intereses para realizarnos personalmente? El cristianismo no nos demanda elegir entre la realización personal y el sacrificio de todo otro posible interés; sino, muy por el contrario, una plena realización en generosa entrega mutua. Jesús ofreció su persona, murió en la cruz para salvarnos y hacer de nosotros Su familia. Y ahora nos corresponde renunciar a nosotros mismos y morir al egoísmo, primero cuando nos arrepentimos y creemos en el evangelio, y posteriormente cuando nos sometemos a la voluntad divina en un diario caminar. Subordinación por parte nuestra que está libre de todo riesgo, por cuanto Jesús estuvo dispuesto a ir al infierno y regresar por amor a nosotros. Esa gloriosa verdad anula todo posible miedo a que la entrega en amor conlleve pérdida del yo personal.

¿Qué es entonces necesario para que el matrimonio funcione? Conocer, desde luego, su secreto; esto es, su íntima relación con el evangelio, y cómo

este ofrece poder y ejemplo para la relación marital. Así, la experiencia del matrimonio pondrá de relieve la belleza y la profundidad del evangelio, fomentando con ello una plena confianza por parte nuestra. Pero eso no es todo. La mejor y más amplia comprensión del evangelio nos ayudará a experimentar en mayor profundidad la relación de pareja según vayan pasando los años.

Y en eso consiste el mensaje radical y novedoso de este libro que, a través del matrimonio, «el misterio del evangelio se desvela».⁶³ El matrimonio es el vehículo idóneo para remodelar nuestros corazones de dentro hacia fuera, proporcionando sólido fundamento a una vida compartida.

El matrimonio es a la vez doloroso y maravilloso por ser reflejo del evangelio, relación en la que se aúnan de forma singular ambas cualidades. El evangelio revela una verdad sorprendente: somos pecadores en una medida que no nos atrevemos a reconocer, y al mismo tiempo somos amados y aceptados por Jesús como jamás pudimos imaginar. Esa es la única relación que podrá obrar un auténtico cambio en nosotros. El amor que no va acompañado de la verdad es mero sentimentalismo; nos reafirma y nos da aliento, pero sin hacernos reconocer nuestras faltas. La verdad sin amor es inclemente; proporciona información que no estamos en disposición de poder escuchar. El amor para salvación de Dios en Cristo se caracteriza tanto por una verdad radical respecto a quiénes somos, y por un compromiso de fidelidad igualmente radical. La misericordia que nos brinda nos hace ver la realidad del estado en que nos encontramos, y nos insta al arrepentimiento; convicción y arrepentimiento que nos mueven a aferrarnos a esa gracia y misericordia divinas.

Los momentos duros y difíciles del matrimonio pueden hacernos experimentar ese amor de Dios para transformación, mientras que las experiencias positivas en pareja también servirán para transformarnos humanamente. El evangelio puede llenar nuestros corazones con el amor de Dios, algo que nos ayuda a superar crisis de pareja en las que nuestra esposa o esposo no nos ama como debería, con la ventaja añadida de poder ver los defectos de

nuestra pareja en su auténtica dimensión, comentarlos y, aun así, amar y aceptar a nuestra pareja. Y cuando, por el poder del evangelio, nuestra pareja experimenta esa misma verdad en amor, surge la oportunidad de mostrar ese mismo amor para transformación.

¡Ese es el gran secreto! A través del evangelio, nosotros recibimos poder y dirección para el viaje del matrimonio. Pero lo cierto es que hay mucho más que decir acerca de ese camino y de la fuerza que lo sustenta. Efesios 5 va a ayudarnos a comprender ese gran y profundo misterio en toda su plenitud.

